

El uso de la Biblia en una familia cristiana

ALFONSO GIL GONZALEZ

Se me pide la «experiencia bíblica» de mi familia, suponiendo que es cristiana, cuando estamos viviendo la otra terrible experiencia de la enfermedad gravísima de nuestro hijo mayor, de catorce años recién cumplidos. Quiera el Señor restablecerle la salud para que siga glorificándole en este mundo.

Una familia es «cristiana» cuando, como tal, ha hecho una opción radical por Jesucristo, y no como quienes tienen un ídolo o fetiche en que volcar sus miedos e impotencias. Es una opción de seguimiento, de aceptación del plan divino manifestado en Cristo Jesús, de configuración del Reino en la estructura de la vida familiar. En realidad, cuando ella tiene conciencia de ser y vivir como «iglesia» de Jesús, es familia cristiana.

Ser «iglesia» supone vivenciar la triple presencia sacramental de Jesucristo: la presencia en su Palabra, la «eucarística» y la presencia en y entre los humanos. Y esa vivencia no sólo la define como «iglesia doméstica», sino que la engendra, la fortalece y la plenifica.

Nosotros estamos, como familia, en ese proyecto, iniciado con el matrimonio, hace ya 15 años largos. Ahora somos una pequeña iglesia de cinco miembros, abierta a los demás familiares y vecinos, convencidos de la misión a la que Jesús nos

llama para la conversión o transformación de este mundo. Estas pequeñas iglesias domésticas forman la verdadera trama de la Iglesia Universal. Sin ellas, todo queda en frías listas de bautizados cuya ficticia vida se alimenta de ritos mágicos y de una «trascendencia» al margen de la encarnación interpe-lante del Verbo.

Es preocupación de nuestra familia asentar la existencia sobre la Palabra de Dios. Una Palabra escrita y transmitida, sí, pero que vive y da vida cuando se la asume para que marque el ritmo de la vida misma. Y hemos elegido *tres momentos especiales del día y de la semana* para nuestro encuentro con ella: *diariamente, cuando nos reunimos alrededor de la mesa y cuando, llegada la noche, nos disponemos al descanso*. Es como tomar conciencia de que «no sólo de pan vive el hombre» y de que la Palabra sirve de referencia para la revisión de la jornada que termina. *Semanalmente, en la Eucaristía*. En verdad, es la Palabra quien nos convoca fraternalmente al misterio eucarístico, a la «memoria» de Aquel que murió y resucitó con el empeño de hacer de este mundo la gran familia de los hijos de Dios.

Todo ello con espontaneidad, sin forzar las situaciones, y con el gozo de saber que Cristo ocupa el centro de la casa y de cada uno.

¿Qué plan seguimos? El que nos va dando la vida. Un acontecimiento extra —la enfermedad de nuestro Israel, por ejemplo—, un tiempo litúrgico de mayor resonancia, las necesidades de los demás... Y no porque la Palabra sea el «ungüento amarillo», sino por la certeza de que nada escapa a los ojos de Nuestro Padre, cuya voluntad debemos descubrir en cada momento y situación.

Es esto tan importante que, valga el ejemplo, cuando dejamos a nuestro hijo en el Sanatorio, y después que el doctor nos había comunicado tan cruel diagnóstico —leucemia galopante—, el chico mismo me despidió con estas palabras: «Padre, acuér-

date de Abraham». El era consciente de la prueba a que nos estaba sometiendo el Señor, y que, sea cual fuese el resultado final, nuestras vidas estaban en sus manos. El sería, como siempre, el gran triunfador.

De manera que no es una lectura de la Biblia sistemática, ni siquiera temática. Es más bien referencial, «con ocasión de». Eso sí, diaria y constante. Vivir nos va haciendo posible ser de Jesús. Si Dios toma la iniciativa, y tú le dejas, poco a poco El construye lo que desea a través de nuestra respuesta. Decía antes que «sin forzamientos». Pero debe ser aún más natural. Los hijos han de mamarlo desde bien pequeños. La Biblia-Misal, que la Parroquia nos regaló con motivo de nuestra boda, preside desde entonces el hogar. No está como de «cuerpo presente». Es un estar vivo, al día, compartiendo con nosotros. Y eso lo ven los niños desde siempre. Jesús, a través de su Palabra, hablada y escrita, es el ambiente que los envuelve, el aire que respiran.

Al ser la Palabra de Dios, por un lado, crítica, por otro lado, gratificante, se erige en la gran pedagoga-educadora de la familia. Y siempre, ante la duda, nuestra mirada atenta a la Palabra encarnada, a Jesucristo: qué piensa, cómo enjuicia las situaciones, cómo orienta su propia opción, qué dice en casos semejantes a los nuestros, qué orden de valores mantiene, etc. Todo ello enmarca el cuadro de una vida familiar a lo cristiano. Naturalmente, sin que estemos exentos de todos los defectos humanos.

Veamos. Llega el *tiempo de Adviento-Navidad*. Las lecturas bíblicas familiares, aparte de las propiamente litúrgicas, intentan adentrarse en las promesas, en ese volcarse hacia el hombre de un Dios que se manifiesta como Padre, y que ha de ser especial paradigma para nosotros, los padres: su proyecto de una creación para la felicidad; la búsqueda de sus criaturas alejadas; la corrección paternal y la promesa fiel de que, un día, ya no existirá el riesgo de que el hombre viva a ciegas. Con estas lecturas en familia, todos aprendemos lo que debemos

ser los padres; cómo Dios no es un ser solitario, sino una familia cuya paternidad se refleja en este tiempo entre la Creación y la llegada de su Hijo.

El tiempo de Cuaresma y Pascua nos lleva al encuentro amoroso con el Hijo. Jesús se nos presenta a la familia, en lecturas bíblicas escogidas, como quien no sería capaz de vivir, ni de ser feliz, si no es haciendo la voluntad de su Padre. Su amor filial le lanza a la entrega total a los hermanos. El va a sentar la clave de una relación humana y familiar sin traumas, dichosa. Pero sin rehuir la contrariedad, afrontando la problemática de cada día. Este tiempo debe ayudar, y a nosotros nos ayuda, a que los hijos se identifiquen con Jesús. El Padre manifiesta su fidelidad por medio del Hijo. Esta relación de fidelidad ilumina la relación padres-hijos.

Pentecostés, en cambio, nos sirve de tiempo para la reflexión propiamente familiar. Quiero decir, como tal familia. Porque el Espíritu Santo, que lo es del Padre y del Hijo, nos orienta en lo que hace posible toda convivencia, toda unidad en lo plural, toda experiencia eclesial: el Amor. Buscamos lecturas bíblicas que, hablándonos de cómo desea el Señor sea y se comporte su Iglesia, nos tipifique la nuestra doméstica, donde los valores de servir, ayudar, entregarse, amarse, etc., sean piedras con que edifiquemos la vida cotidiana. Es un tiempo propicio para descubrir los frutos o efectos del Espíritu de Dios entre nosotros. Afortunadamente, este tiempo es el más largo. Es el tiempo de la Iglesia, es el tiempo de la Familia. Es también el tiempo «ejemplar» de la Historia después de Jesús, de esta historia que nuestros hijos han de escribir con sus vidas.

Tras la *lectura bíblica* en familia, en especial la de la noche y la eucarística, hay un breve tiempo para el *coloquio*, para las preguntas, para los cuestionamientos de todo tipo a que ella nos lleva, o que a ella nos lleva. Y, lógicamente, se concluye con la *oración* espontánea, a veces silenciosa, pero para cada día cierre necesario.

La parábola del que edifica sobre roca es un buen referencial para toda familia cristiana. Como aquello otro de que «si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles».

En una situación como la presente, donde abunda la palabrería, la diarrea verbal, las comunicaciones, tenemos aún mayor necesidad, necesidad perentoria, de buscar la Palabra, de acogerla individual y comunitariamente, haciéndola luz orientativa para el discernimiento de cuanto nos rodea por todos lados.